



Amor en Venecia

Esther Llull

Amor
En Venecia

ESTHER LLULL

Copyright © 2020 Esther Lull
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798667517047

DEDICATORIA

Para mi amado porque, en la niebla, en la noche, busqué los dulces labios y en su inmensa frente la rosa. Sobre esta ciudad, que canta los de amor.

CONTENIDOS

Cap. 1 Cósima despierta		
Cap. 2 Cósima habla		
Cap. 3 Cósima transparente		
Cap. 4 Cósima desobedece		
Cap. 5 Cósima flota		
Cap. 6 Cósima abre una ventana		
Cap. 7 Cósima bebe		
Cap. 8 Cósima baila		
Cap. 9 Cósima se marcha		
Cap. 10 Cósima llora de pena		
Cap. 11 Cósima se agita de dolor		
Cap. 12 Cósima regresa		

Capítulo 1

CÓSIMA DESPIERTA

CXXXII

*Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento?
mas si no es amor, por Dios, ¿qué cosa y cuál?
Si es buena, ¿por qué es áspera y mortal?
si mala, ¿por qué es dulce su tormento?*

*Si ardo por gusto, ¿por qué me lamento?
Si a mi pesar, ¿qué vale un llanto tal?
Oh, viva muerte, oh deleitoso mal,
¿por qué puedes en mí si no consiento?*

*Y si consiento, error es quejarme.
Entre contrarios vientos va mi nave
—que en alta mar me encuentro sin gobierno—*

*tan leve de saber, de error tan grave,
que no sé lo que quiero aconsejarme
y, si tiemblo en verano, ardo en invierno.*

Cancionero de Petrarca, 1304-1375

“Querida Cósima:

Nadie se enamora de las mujeres contradictorias y absurdas como yo.

Frente a mí tengo un ventanal abierto que enmarca un fragmento de jardín iluminado por infinidad de estrellas y una farola cuya luz deslumbra demasiado e impide ver la extensión de todo el campo de estrellas. Y, por primera vez, comprendo que entre nosotras se está interponiendo un fluido nuevo y excitante que no repara en igualarnos en una pretendida camaradería. Pero no comprendo, sólo percibo ese halo inesperado que trastoca el matiz de nuestra intimidad y nos obliga a disparar hacia arriba la gota de mercurio de nuestros respectivos termómetros”.

Era una mañana ya firme y muy diáfana. Aquella mañana había decidido tomar un barco que me llevaría a las islas del Dodecaneso y luego debería volver. El barco iba a navegar, en consecuencia, por el canal de San Marco y el de la Giudecca, para mostrarnos la imagen más teatral de Venecia, desde sus islas. El barco entraba ya por el puerto del Lido. Los islotes, la vegetación, las torres, todo era hermoso. Más que nada, la luz... Pero yo supe que todo también era una trampa. No, no es absolutamente necesario seguir engañándome.

En esta ciudad siempre me desoriento y me pierdo. Hay que esperar a la luz, para que pase del mediodía a la sombra, de la silenciosa penumbra a los clamores del color, casi sin transiciones, y para que cambien tanto las fachadas, las tapias, los reflejos, que parezca que se pasa ante ella por primera vez. Canaletto es un pintor que pinta siempre lo mismo a horas distintas. Y es que hay muchas Venecias inmersas en su laberinto. Por eso, he descubierto que lo mejor es abandonarse a ella.

Los palacios del Gran Canal son, en su mayor parte, medievales, fuertes y delicados: ventanales ojivales coronados por tréboles o cuadrifolios, logias adornadas con flores y más flores; la fantasía gótica con su encaje de mármol, nunca tétrico ni grotesco, siempre alado; y el Renacimiento, con sus plantas superpuestas entre columnas delicadas... El pórvido y la serpentina, incrustado en sus vetas, que sobre las suntuosas puertas se abren sobre tres escalones. Fachadas rosas o de colores múltiples, según la hora, e íntimos. Arabescos que semejan los dibujos que abandonan las olas sobre la arena fina. Esta arquitectura es inconfundiblemente veneciana y todo se impregna de ella.

De regreso, muy tarde ya, los palacios del Canal, silenciosos, eran más esbeltos, pero estaban descoloridos y turbados, mudos bajo la tenue luna. Una escultura parecía haber conservado algo de vida, y noté cómo se estremecía, cómo me contagiaba su vida y me apreté contra mi pecho.

Carpaccio pinta una Venecia verde aún y apretada; Tiziano y los suyos ya se escapan al dulzor de los zumos, al fasto retumbante. Sin embargo, Canaletto y Guardi miran desde fuera: ven lo que hay y también a veces surgen las tinieblas... Y Tintoretto pinta gigantes retorcidos, entre la sabiduría y la condescendencia hacia los hombres comunes.

Ningún ser resiste el empujón de esta belleza. No hay prima donna que resista la competencia de este don, minucioso y tan cándida y hábilmente ofrecido en esta bandeja de cristal.

Me he echado a la calle. Me he vuelto una compradora. Venecia entera es una exposición en que todo está en venta. Aquí todo está para ser visto: sombras, luces, diseños, pinturas, máscaras de un carnaval. Para ser visto por el ojo, que compartimos con los peces, o sea, el órgano más primario... Sí, todo es muy primario y, a la vez, es muy vistoso y engreído de sí mismo.

Descubrí una Venecia distinta, de fuera para adentro. Era como alguien que penetra en el secreto de lo que ya conocía, sin haber averiguado ni adivinado su verdadera intimidad. O sea, como la "renovatio amoris" de Ovidio.

Me produjo una impresión extraña. Apenas embarqué en una góndola, le rogué al gondolero que se detuviera ante el lugar de la Giudecca: el que tiene a los lados y de frente el esplendor del mundo. Donde yo me sentí acunada, lo mismo que una niña en una góndola.

Y el gondolero me introdujo en la auténtica ciudad, en la otra cara de Venecia. Me vi habitante suya de un modo diferente al que hasta entonces lo había sido. El gondolero me paseó por lugares que no reconocía: los había contemplado desde un punto de vista más alto, como formando parte de ellos. Ahora navego entre pequeños puentes, adelantando góndolas o acompasándolas.

Ahora no me sorprendía tanto que este pueblo, juntos todos, quisiera resucitar a *La Fenice*. Era su permanente símbolo: el Fénix resucitando de forma interminable. Mucho más que el León alado de San Marcos, reproducido infinidad de veces por toda la ciudad. El fénix significaba la ciudad renovada renovándose siempre. Siempre la misma y nunca repetida.

T ropecé con la ciudad del siglo XVIII, cuando fue la más libre de Europa, su válvula de escape, el refugio de los perseguidos por razones morales o políticas, el prostíbulo mayor de su época...

Con lentitud veía alzarse, ante mí y a mis lados, todas las condescendientes tolerancias que por razones económicas o de acuerdo, recibían la indefinida variedad de lujurias, de desenfrenos y de extravagancias de la *Serenísima*.

En estos días convalecientes me encontré envuelta por una ciudad que era la permisiva quebrantadura de sus propias normas, la legisladora flexible de cualquier infracción. Desde el juego, que prohibía para cerrar luego los ojos ante los jugadores que la inundaban desde cualquier sitio, hasta la compasión por las livianas monjitas que se marchitaban sin amor en sus conventos de los que, indulgente, las libraban por horas. Qué dos grandes pasiones, la del azar y la de la carne, confluyeron siempre entre los canales de entonces.

Esta ciudad estuvo llena de proxenetas. Las mujeres que habitaban los palacios, vendían, para jugar, su cuerpo y hasta la ropa interior. Hubo que controlar, por medio de licencias, la proliferación de chulos... Claro está que para sacar beneficios de sus beneficios: recoger para dar. Las grandes damas jugadoras se entregaban a los ricos de entonces, que no eran ya los aristócratas, sino incluso los lujuriosos desbocados.

Venecia podía haber sido una fiesta, como lo fue para Hemingway París. Una fiesta desenfrenada y profesional, como la que se armaría en cualquier sitio que tuviese sus días contados.

Jacobo Casanova no fue el único. Pero sí muy representativo. En esta ciudad se hacía el amor, pero siempre primero se apostaba y luego se escuchaba música. El comienzo del Barroco se llama Venecia.

Capítulo 2

CÓSIMA HABLA

Todo favorecía los encuentros simulados, los fingidos raptos de las mujeres en las góndolas, tan favorecedoras del amor. El bullicio y la alegría, más o menos visibles, hacían cerrar los ojos de quienes no deseaban darse cuenta de que eran todos, cuando no les tocaba a unos actuar: hoy por ti, mañana por mí era la ley mayor.

Esta ciudad, en apariencia inmóvil, que yo veía desde la motora con más rapidez que antes, había sido una de las más disolutas de la Historia. Con la agravante de que fue, y continúa siendo, la que mejor supo venderse, la que se entrega, pero dejando intacto lo que le conviene que sobreviva siempre.

Como una pelandusca que deja que le metan mano, o lo que sea, por donde sea, pero exige que no le toquen el sombrero. Y de la cartera mejor no hablar.

Me reí en un instante conmigo misma. Sí, pero eso era Venecia.

“Corramos un tupido velo y disfrutemos lo que sea posible”.

Ayer todo parecía que el mundo era una granada y que se abría, porque todo estaba en sazón y mostraba sus granos rojos y apetecibles, besables, comestibles.

No importa que lo que se sea, cuando lo seas, lo seas a toda costa, con fruición y con desprendimiento. Si no es así, ¿qué más da un papel u otro? El de esclava o el de señor, el de maestro o el de alumna. Un papel mal interpretado será una bagatela siempre, por muy bien que esté escrito... La vida en esto es igual que un teatro.

La naturaleza humana es como una grieta, sin luz, sin horizontes, sin posibilidad de comprensión. Yo misma me sentía fallecer o flaquear con tantos imprevistos. Y mi deseo, que buscaba seguridad, había encontrado lo contrario.

Pero el hecho de que yo haya estado equivocada mucho tiempo, quizás porque me convenía, no me autoriza a meter a todo el mundo en la misma maleta.

Había sido, hasta ahora, sumisa y dócil.

“Querida Cósima:

El tiempo de calidad es simplemente un tiempo de atención sostenida. En esta sociedad apresurada el tiempo de calidad que compartimos es un regalo generoso porque supone el sacrificio de tiempo para uno mismo. Es más sencillo ofrecer contacto físico y palabras de afirmación a nuestros seres queridos porque no requieren tanto tiempo.

El factor decisivo no es tanto la actividad que se lleva a cabo, sino el hecho de compartir algo juntos, sin presiones ni obligaciones, por puro placer.

En esta sociedad las personas son cada vez más espectadoras que participantes, la atención personalizada casi no existe.

Pero para percibir y demostrar amor, para emprender este camino compartido con los demás es fundamental encontrar el tiempo necesario para conversar y esto es clave para aprender a comunicarse de una forma íntima y sosegada.

Un gesto de cariño —un abrazo, una palmada en la espalda, una caricia, una mirada— ayuda a reconfortar al otro y a transmitirle nuestro afecto de forma casi instantánea. Pero algunas personas evitan el contacto físico o lo convierten en algo puramente utilitario. Despojan así de contacto físico cualquier carga emotiva.

Es cierto que tratamos nuestro cuerpo como una barrera, algo que nos protege de los demás en vez de ayudarnos a comunicarnos.

Pero es muy importante cuando una persona está enferma o triste que le demos un abrazo, porque es un contacto directo y cálido, y no tiene otra doblez.

Ahora sé que es preferible disculparse cuando no se han podido evitar las palabras negativas. Aunque las palabras hirientes no se puedan borrar del todo, el niño sabe que con ese intento de disculpas sinceras se paliará en parte el efecto negativo, y sabe que se está intentando mejorar la forma de comunicar ese amor”.

Yo creo que no tuve nunca un control emocional excesivo de mí misma, eso me hizo vulnerable. Era demasiado espontánea en mi juventud y demasiado expresiva, eso me daba dotes de ser como una niña. Pero esto no me trajo más que desgracias y males. Porque la sociedad adulta desconfiaba de mí. De hecho, no pude estudiar la carrera que yo quería. Fui una autodidacta, se puede decir. Y no me podía ajustar a los patrones tan duros que exigía la carrera.

En otras palabras, si hubiera tenido más control tal vez hubiera sido más atractiva para unos, pero eso hubiera implicado también un disfrute más limitado de las emociones y de los afectos.

Mientras que las emociones, que yo no podía reprimir, podían doler y matar el sentido, pero hacían a las personas únicas e irrepetibles y, a veces, también muy atractivas. De hecho, yo lo fui, tuve mucha vida, pero me apagaba rápido, porque mi constitución física no era muy fuerte.

Ahora sé que el control emocional está relacionado con el éxito, los amigos de una persona con mucho autocontrol tienden a discutir a esta persona como eficaz y equilibrada, pero siempre es algo inexpresiva y poco espontánea. Lo cierto es que los individuos que ejercen un control emocional alto suelen contar con menos afectos en sus vidas.

Pero ahora percibo de que el verdadero control emocional implica la flexibilidad de adaptarse a la situación y al entorno. El verdadero control emocional es la resiliencia, es tener la capacidad de resistencia.

Aún así el autocontrol excesivo puede hacerte renunciar a disfrutar de una relación amorosa, o a infundirte miedo, si piensas que puedes perder el control de tus emociones.

Tal vez, yo fui una persona con baja autoestima, que piensa que no está a la altura de los demás. Tal vez yo temía enfrentarme a los retos, porque estaba convencida de que no estaba a la altura de las circunstancias. Tenía miedo a fracasar. “No puedo, no puedo”, era mi cantinela inconsciente.

Ante la posibilidad de fracaso y la decepción me pude volver retraída y desconfiada y temí enfrentarme a algunos retos.

Pasar de ser una niña espontánea y confiada a ser otra persona retraída y desconfiada, eso fue un paso muy duro para mí. Casi no lo reconocí. Yo nunca reconocí mi baja autoestima. Yo sabía que estaba experimentando la vida. Y ahora me doy cuenta de que fue una etapa muy dura, pero quizá, al haberla superado ahora, sea más fuerte que al principio.

La autoestima no debe desarrollarse a cualquier precio. Resulta muy perjudicial intentar consolidar la autoestima, sobre todo, la de un niño, en función de cumplidos o de afirmaciones que no responden a la verdad. Al cabo de un tiempo la realidad asestaría un duro golpe a la persona cuya autoestima depende de mentiras o de medias verdades. Como un castillo de naipes esta persona se derrumbaría ante las primeras dificultades de la vida.

Una autoestima saludable no implica que el sujeto se crea invencible o perfecto, sino que confía en sus capacidades para salir adelante. Si hemos aceptado con naturalidad, sin condiciones,

pero sin pretensiones, salir adelante, uno aprenderá a confiar en sí mismo y a respetar sus capacidades.

Una autoestima saludable implica, en cambio, que el sujeto se conoce bien a sí mismo y que acepta quién es. Desde esta base se puede aprender el valor y la utilidad del esfuerzo y de la superación.

Capítulo 3

CÓSIMA TRANSPARENTE

Sería interesante hacer el recuento de los sobresaltos, los desengaños y las heridas que vamos acumulando a lo largo de nuestro tránsito por la vida. Y medirlos. Llegar a conocer con exactitud qué ha sido lo que más nos ha afectado o nos ha dolido. Vistos, en perspectiva, no parece que sean los grandes acontecimientos los que han contribuido a los cambios ópticos o a la transformación de nuestros esquemas.

Son, más bien, las circunstancias pequeñas, esos procesos rezagados que tanto se relacionan con los comportamientos ajenos, las miradas furtivas, las displicencias inesperadas. Probablemente la humanidad entera está enferma de estos procesos.

Al principio no me resignaba a callar estos males. Se los volcaba en seguida a cualquier persona que tenía delante, en mi empresa, en mi casa. Cualquier tribulación me obligaba a ser susceptible y a recurrir a ella como una chanza y decirla para liberarme de ella. En esto somos muy dadas las mujeres.

Pero pronto me di cuenta de que a los seres más queridos los fastidiaba con mis pequeñas preocupaciones, los fastidiaba como si fueran naderías, exageraciones, y así me imprecaban: “Siempre fuiste muy dada a la exageración”. Así perdí a todos mis amantes, y así todos huían de mí en cuanto veían que yo analizaba la realidad. Me parezco a mi madre, aunque ella no lo sabe a ciencia cierta.

Un brote de recuerdos aromáticos me invade el olfato al pasar junto a una floristería de Venecia. Las flores únicamente tienen valor cuando las elige nuestra persona querida.

Es curioso, parece que estoy condenada o predestinada a entregar mi vida a alguien, sin embargo, nunca me he encontrado mejor que ahora. Probablemente me desesperaría si pienso que he alcanzado mi futuro y que el espejismo de mi futuro se ha convertido en una meta finalmente alcanzable. Pero una no quiere desengañarse. Estoy aquí para acudir a mi cita. Una es una mujer de pactos. Pero no es fácil imaginarse toda una vida y, menos, ver el final, hacer un pacto con la muerte, como si anduviera moribunda hacia mi final. Porque Venecia puede ser esto y todas las cosas más sorprendentes. Pero no puedo concebir que Venecia sea un mar de aspiraciones sin logros o un mar sin tierra donde atracar.

Pero la confianza en que la historia se encamina hacia un punto final, esto es, un éschaton, es esto lo que, a mi parecer, siempre ha creído el ser humano y, por eso, se ha encerrado en la búsqueda de sistemas. Un acontecimiento utópico esencial o, de lo contrario, la “frustrabilidad de la esperanza”, que diría Bloch. Cuando lo más cierto es que hemos avanzado en unas cosas pero en otras nos hemos primitivizado, hemos retrocedido. Porque el humanismo del Renacimiento, que nació en Florencia y en Venecia, esto lo hemos perdido casi en su totalidad.

Y por mucho que los hombres de hoy nos creamos superiores, ¿de veras lo somos? ¿Hemos concebido ideas más elevadas o sentimientos más nobles que en la época de Petrarca y Boccaccio?

Ahora vivo para algo y estoy lista. Voy pasando el puente sobre el canal. Ahora siento vergüenza por llevar este traje de un color azul lila combinado con un satén negro y con un encaje que le da vuelo, como si fuese en volandas.

Me siento que voy metida en un traje de carnaval del siglo pasado, pero voy liberada del peso, es un diseño muy moderno que yo he creado.

Y a continuación, soñé que era querida y me dirigí a mi destino.

Había hecho una reserva en la Giudecca en un restaurante con embarcadero, de exquisito gusto pero sin ningún lujo convencional.

En cualquier caso, en la Giudecca siempre puedes tomar algo, y siempre puedes entrar y salir y callejear, que en realidad es lo que más me gusta a mí hacer.

Había seleccionado una mesa romántica con un velador con flores orientada hacia el canal, en un rincón íntimo, donde todo estaba muy bien perfilado.

Espero a que el camarero vierta un poco de vino Amarone en mi copa para olfatearlo y después catarlo. A continuación puedo dar mi visto bueno, como así hago. Luego el camarero continúa refiriendo las últimas cualidades de la gastronomía italiana.

La soledad no me asusta, me ayuda a imaginar, a pensar. Más aún la preciso para no quedarme estancada.

Pero me agranda los recuerdos. El hombre más que la mujer necesita una compañía, alguien que le estimule a seguir viviendo.

Aunque también cansa sentirse vacía.

Nunca he conocido un verdadero amor, me refiero a un amor profundo, correspondido y completo.

Ahora ha llegado el menú. Han incluido un risotto de marisco con boletus y un carpaccio de cordero. Y he añadido para después un plato de pasta al pesto con pescado marinado mejor que el ossobuco. Pero no creo que pueda comer tanto.

Una brisa de viento me envolvía en esa noche esplendorosa que ya se había calmado, se detenía, y después volvía a retirarse arrastrándose como un suspiro, el de un durmiente, cuyo aliento va y viene en la inconsciencia.

También más allá el cielo se aclaraba sobre la oscuridad dejando caer una estrella sobre el blanco poso de una nube formando un verde vidrio, como si sobre el amplio horizonte se hubiera alzado una lámpara.

El aire pareció devenir fibroso y apartarse de la superficie, chispeante y azulada.

Poco a poco, las hebras del aire se fundieron en un resplandor, en una incandescencia que alzó el peso del gris azul cielo lanudo, poniéndolo encima de él, y lo convirtió en millones de átomos de suave azul.

La superficie del agua del canal se hizo despacio transparente y estuvo destellante y rizada hasta que las oscuras barras de resplandores quedaron casi borradas. La luz incidió en los árboles del jardín y dio transparencia a una hoja. Y luego a otra. Un pájaro gorjeó alto.

Las flores se deslizaban sobre la superficie del agua con un sutil velo blanco, poco a poco las partículas suspendidas se habían ido filtrando hacia el suelo. Entonces yo alcé mi brazo para reconocer algo fibroso en el aire, como si el cielo se aclarase tras un resplandor de luz y se moviese recostado hacia el horizonte. Las hojas se amontonaban alrededor de un tiesto de flores, una sombra se deslizaba en el sendero. De repente se iluminó el cielo con el rayo de una tormenta, y una luz vertiginosa nos inundó. A continuación el cielo retumbó con la implosión de un trueno y su destello.

Hacemos además de recogerlos dentro del restaurante, pero el camarero nos advierte que solo es una tormenta de verano y que tiene una carga de electricidad muy reducida, que pasará muy pronto. Que nos podemos proteger dentro del velador, no obstante, si deseamos pasar dentro podemos hacerlo, en caso de que siga retumbando.

Somos polvo de estrellas, mil millones de años de edad carbono, somos de oro.

Pude cobijarme en la pérgola del jardín.

Las flores se deslizaban sobre la superficie del agua y entonces el aire vino fibroso hacia el horizonte, como si se aclarase una luz en el cielo que se cruzara con la raya del horizonte y que anunciaba el fin de la tormenta. Todo destellaba miles de luces, los ojos de los pájaros y el vello corto y duro de los tallos de las plantas cultivadas. Una oruga se había enroscado formando un aro verde. Y el caracol de cáscara gris cruzaba arrastrándose por su sendero. Y había ardientes destellos de gotas nacidos de los cristales de las ventanas del recinto, que rebrillaban.

“Las piedras son frías”, pensé.

La tormenta surtió su alquímico y almizclado efecto de transformar la realidad y su rigidez. Y los sentimientos se habían desatado y las corrientes de afecto. Los pájaros melodiaban una sutil tonada a nuestro alrededor.

Capítulo 4

CÓSIMA DESOBEDECE

Tal vez no crea en un amor único o verdadero. Quizás si lo hubiera conocido tampoco me hubiera llenado. Y el cansancio del vacío hubiera sido mucho mayor. También en los amores correspondidos cabe la posibilidad de sentirse solo. Nunca nada ni nadie alcanza la felicidad completa.

Soy una viajera que está acostumbrada a moverse, y soy una invitada poco exigente. Tengo conciencia demasiado clara de la brevedad de la vida y de sus tentaciones.

Yo trabajo y me muevo mejor en mi elemento. Las cosas me asustan. Intento percibir aquello que me sostiene en armonía, que no me turba constantemente.

Pero si me oculto, la confusión lejos de disminuir irá en aumento. A menudo más vale flotar en divagaciones que introducirse en bagatelas o seducciones peligrosas. No tengo miedo a darle importancia a las cosas, ni por mor a que son caducas o a que están de paso.

Soy una viajera. Sólo tengo que soplar con el viento y unir los destinos y cruzarlos, como yo quiera.

En ese momento el peso de la tierra oprimía mis costillares, yo era como una flor tallada en la tierra, yo era el tallo y era las raíces, y había descendido en una unidad hasta lo más profundo de la tierra, a través de roca, tierra seca y tierras húmedas, de vetas de plomo y de plata.

Unas flores de lirios blancos adornaban la mesa y todo se amoldaba a un entorno romántico, con blancos manteles y una vela romántica puesta en mi honor.

Dicen que el amor platónico nunca se acaba.

Lo que hizo Platón es hacer del amor un acto que no fuera escandaloso. Me parece que fue el primer moralista de su época, de una forma que no usó la moral, sino una teoría de las almas gemelas, y lo hizo muy astutamente. Pero en Venecia esta teoría se queda pequeña. Aquí es mejor apreciar a Dante y a Boccaccio, y la palabra en boca de Petrarca por su amor por Laura.

Diógenes que era el mayor cínico de la historia, ya se sabe por qué lo era, le tocó vivir la época de las desgracias amorosas, pero no importa a quién perdió.

Pero ¿qué importa a quién yo haya perdido? Cualquier sentimiento de resentimiento en mí ahora no tiene sentido.

Cualquier paso que dé en el amor intimida al conocimiento y lo obliga a caminar recatadamente a nuestro lado o pegado a nosotros. Sí, por eso, la mengua de lucidez es una señal de vitalidad del amor.

Ay, el amor, generador de fecundos errores. Ni siquiera puedo adivinar por qué razón es el amor lo que mueve al mundo. Cerramos los ojos.

Llovía. Por fin, la tormenta, que durante una semana amenazaba estallar, había empezado a descargar su agresividad repentinamente. Las calles y los canales eran verdaderos ríos. Un viento huracanado levantaba remolinos de agua estancada. Y las descargas eléctricas se sucedían continuamente. Voy a mojarme, pensé, si no cierro la ventana de mi habitación. La portezuela del balcón también estaba entreabierta. Hubiera sido absurdo negarme a introducirme dentro ante ese zumbido de descarga sonora, pero salí al balcón y me propuse mojarme. Necesitaba realizar algo absurdo en mi vida. Necesitaba algo que me moviera. Porque aquella espectacular tormenta me estaba desarmando de palabras. Y aún sigo aquí mojada con una toalla secándome, pero no percibo la suavidad de la misma, sino la sequedad de mi piel y de mi cara. Me siento decepcionada.

“Querida Cósima:

Oh, hija mía, cuántas veces, en plena euforia, siempre cubierta de razones que nos parecían urgentes e imprescindibles, me preguntaba por qué motivo no podía comprender a Dios. Ha hecho falta llegar a vieja para saber que, si yo fuera capaz de entender la razones de Dios, Dios no merecería serlo. Espero que estés bien, hija mía”.

El viaje de Dante es toda una travesía por los ínfimos. Como si nos dijera que la vida consiste en esto. En la séptima cornisa, los tres seres elegidos tienen que atravesar un muro de fuego, tras el cual hay una escalera, por la que se entra al Paraíso terrestre. Este sería el dibujo que Dante nos hace del Paraíso. Entrar en el Paraíso se convierte en una odisea.

La gran Safo precisamente habló con entusiasmada melancolía de la confabulación de los opuestos en que el amor consiste: “Otra vez Eros, que desata los miembros, me hacía estremecerme, esa bestezuela amarga y dulce, contra la que no hay quien se defienda”. La pequeña Safo, renegrida y abandonada, con razón estaba confusa: “No sé qué hacer: mi pensamiento es doble”. Ella sabe que el amor pasional no puede durar siempre.

El gran problema es vivir. Y uno proyecta vitalidad con los recursos del sentimiento. Cuando estos se agotan sólo queda el resecamiento y la desilusión.

De cualquier forma, amamos las cosas gracias al olvido. Con olvido, casi ignorándolas por entero, logramos que las cosas se vayan y se alejen de nuestra vida. Para que luego vuelvan y se nos representen como una eternidad inmutable que no ha cambiado. Y aunque parezca increíble entraremos en otras vidas.

La luz incidió de nuevo en los árboles del jardín, y dio transparencia al balcón. El tiempo se había calmado. Me pareció oír que un pájaro gorjeó alto.

Hubo una pausa. Su música era como si demostrara que la magia de esa noche no podía decaer fácilmente.

Ráfagas de olvido calmarán ahora la agitación de mi cuerpo. El olvido o el recuerdo de un nombre. El mío, y me iré paseando y deteniéndome en mitad de los puentes para mirar las aguas de los miles de canales de Venecia.

Y de entre ellos surgirán, tal vez, una clara figura, rodeada de la apasionada egolatría de la juventud de aquella ciudad junto a la cáscara de un caracol contra una piedra. Mientras yo soñaba, aquí mismo, tendiéndome delante, porque me dolía la realidad. Y quería saber lo que la noche cerraría, en repetirse otra noche sin nadie.

“Querida Cósima:

El amor para que sea completo necesita que haya esperanza en él. Y futuro”.

Contemplaré mil veces, con los ojos cerrados, este momento.

Como si hubiese un motivo que estuviese impidiendo unirnos...

A menudo para que la magia perdure, es preciso “recordar” sin caer en la trampa de conseguir lo que se recuerda.

La magia, a veces, es más importante que la causa que la provoca. Mantener la magia que nos ha unido. Y esa distancia, que me está uniendo de puro ignorada, puede dilatar más la separación y el problema del tiempo. Y necesito agarrarme a cualquier excusa o palabra.

Crear en la magia es como creer en entidades extrañas que se muestran a sí mismas con sus máscaras extrañas. Es como aquí también en Venecia, en el carnaval, todos se muestran bajo sus máscaras. Y ellos adoran no la realidad, sino la imagen de sus máscaras. A cada cual más extraña y más bella. Esto es primitivismo mágico salvaje, se es cada vez más extraño a nosotros mismos. Estas entidades miméticas que se adoran como objetos, a falta de toda representación, ellas encarnan toda la realidad.

Así es como siempre se ha conseguido hacer un dinamismo o una fiesta.

Voy paseando por la ciudad. Me pregunto cómo a los venecianos y las venecianas les quedan todavía deseos de bromear y hablarles a los extraños sin reserva ninguna.

De repente veo una señora muy mayor con un abrigo de pieles muy raído —haciendo mucho calor— y un perro amarrado con una cuerda gruesa llena de nudos y al pasar junto a ella abre las manos como si le oprimiera el pecho y nos dice: “La storia de questa dona e una tragedia continuativa”. Y a lo lejos veo a otra mujer en una ventana gritando: “¡il mió marito!”.

O te encuentras un acordeón o una pianola tocando en cualquier calle. Venecia es así. Viejos, viejas, niños jugando, vecinas dando voces o comentándoles algo a otras vecinas.

Con frecuencia se escuchan fragmentos de conversación que nada significan: de paseantes sueltos, de alguien sentado en una mesa de un bar, de vecinas que dialogan y manotean, con naturalidad y con largueza, de uno a otro balcón.

Todavía yo dudo si existe la magia después de todo lo que me ha rodeado en este encuentro con la ciudad.

Capítulo 5

CÓSIMA FLOTA

Paseo por un angosto y estrecho camino con mis pensamientos lanzados al aire puro. En ese momento veo un globo de un niño que cuelga en el aire, en vertical caída, contra un ventanal abierto y las inmensas laderas de una calle.

Una sombra se proyecta en nuestro sendero, como un codo en flexión. Paseo sola, soy como una isla de luz que flota. Veo otra ventana abierta y el comedor es azul oscuro y el aire retiembla sobre las portillas de la ventana. Y más allá ardo y tiemblo al salir de la luna y al entrar en esta otra calle o canal.

Me refugio en una sombra de un arco. De repente todo se silencia. A veces, para durar en el amor o en la persona que nos produce un impacto, hay que detenerse.

Es como si el placer que experimento, cuando contemplo la belleza de esta ciudad, despertara en mí sensaciones dormidas que me producen pudor. Estas sensaciones son únicamente preludios. Es como si creyera en los preludios del amor.

En la vida la mayor parte de las cosas que suceden se rigen por signos aunque no les prestemos demasiada atención. Me prometo que después de haber hecho este viaje, ya nunca volveré a ser la misma. No sé si puedo comprenderlo, pero mi vida ha cambiado.

En ese momento sigo mi paseo, mi camino se hunde a través del aire y los canales. Pero el aire ya no se alza como olas purpúreas por nuestras cabezas. Piso el aire, toco el suelo, es sólo el murmullo de los canales en el aire. Una paloma bate las copas más altas de las laderas de una calle buscando un cobijo. Y luego se aleja y asciende como el hilo de un globo. Parece como si se hubiera escapado.

Ahora mientras camino en la oscuridad de la noche, colgada de un sueño como de un brazo, comienzo a tener la firme convicción de que el destino que une a las personas es de inmensa importancia. Pero ahora quiero aportar la contribución de la madurez a la intuición: la predestinación, la conciencia de cuanto de inevitable hay en nuestro destino, muerte, conocimiento de los límites y conciencia de que la vida es más inexorable de lo que imaginábamos. Entonces, puede aparecer claramente la presencia del enemigo, la necesidad de que alguien se opusiera a ella.

“Querida Cósima:

La memoria es la negación del instinto y su hipertrofia una enfermedad incurable. Pero cuando se trata de nuestro pasado esencial, todo cambia, y se convierte en una eternidad que precede al tiempo. Sólo los recuerdos pretemporales, es decir, los recuerdos fuera del tiempo, hacen accesible ese pasado. Nunca hemos hablado de sentimientos, hija, pero no era necesario. Esto parece una charca de desalientos, tengo mi voz apagada y triste”.

No creo en esos sentimientos egotistas y trascendentes que produce el enamoramiento. Por alguna razón yo los he vivido y me he arrepentido de ellos. Pero sí creo que la otra persona debe proporcionar no sólo un apoyo, sino también aceptar el mío con generosidad. Que nos respetemos, que sepamos que el verdadero amor no consiste tanto en sentir como en dar.

El amor es como una amistad amorosa. Esto creo que es lo que más se parece al amor. No busca “sentir”, sentir placer y esa cosa que ahora llaman amor, el amor sólo busca dar, pero dar a quien lo necesita, a quien está falto de ayuda.

Ahora el acantilado de mi vida se desvanece. Debajo de mí están las lluvias de las aguas turbulentas. Nada toco. Nada veo. Puedo hundirme en un descenso o posarme sobre ellas. Las aguas de las lluvias oscurecerán los blancos pétalos. Flotarán durante un instante y se hundirán. Se balancearán sobre las olas y se empujarán al fondo. Todo cayendo en tremebundo chubasco, disolviéndolas, disolviéndose en mí.

Ahora parece que me estoy arrojando al precipicio. ¿Dónde estoy ahora mismo? El silencio perseverante se niega a convertirse en voz. Todavía no se ha terminado todo, esta noche la pasaré sola. Me siento como atrapada por un círculo de recelos, que me empuja a romper moldes, a confesarme lo que me está torturando y dejar claro lo que, según intuyo, están experimentando también otros.

Todavía no se ha terminado esto. Creo que, tal vez, sea suficiente con una sola vida. Continúo inmóvil sin inmutarme. Probablemente mentiría si digo que no. Y que mi mentira sería inadmisibles, pues con una vida tenemos suficiente. ¿Lo digo porque tal vez todavía puedo sentir algo de deseo? Lo digo porque en verdad no he contestado nada con mi pregunta.

Estoy cerca del hotel del Lido, puedo ir a tomar la última copa de champán. Me han dicho que tengo que conocer este hotel por dentro, es un elemento también del esplendor y del lujo veneciano.

No quiero los pétalos rojos de los geranios y de las malvas del huerto. Quiero pétalos blancos

que floten cuando inclino el cuenco. Tengo ahora una flota que nada de una orilla del canal a la otra.

Me sonrío, creo que estoy algo borracha, miro a la gente del Lido, pero nadie aplaude mi destreza poética.

Echaré una ramita que sea balsa para un marinero náufrago. Echaré al canal una piedra y veré las burbujas surgiendo del fondo.

Hay un balcón espléndido con una balaustrada blanca y estoy sentada en una de las mesas, que está decorada en su centro con una gran vela encendida y flores de rosas. Hay un pequeño arriate de grosellas. Los pétalos caídos en la mesa los he recogido y los he echado a nadar al agua del canal que me rodea. Estoy en un gran balcón terraza en lo alto y podemos divisar las lujosas mansiones y casas que nos rodean, sus arcos de encajes, su ornamentación engalanada. Prefiero esta Venecia y su esperanza. A veces el agua asciende hasta cubrir la orilla y las plazas: l'acqua alta. Es el movimiento de una sangre que corre por arterias y venas palpitantes: la sístole y la diástole de una vida cualquiera.

Y el agua, casi de pronto, se ve azul como un cielo, mientras el cielo de arriba incomprensiblemente se ha cerrado en una niebla gris debido al espesor de un resplandor y una lluvia caída. ¿En cuál de los dos cielos estoy yo?

La niebla, como una estremecedora respuesta que no quiere decirse, se espesa también casi de súbito y sube y oculta hasta la última planta de los palacios. Y el suelo del hotel y de la plaza, que descende porque asciende la bruma. Y el vuelo de los pájaros...

He recogido todos los pétalos caídos, y ahora voy a balancear mi propio barco para que navegue con oleaje.

Este barco mío es como un cuenco pequeño castaño, no más. Algunos se hundirán, otros se estrellarán contra los arrecifes. Otros penetrarán en heladas cavernas. Se alzan las leves olas del canal, sus pequeñas crestas se retuercen y hay luces a lo lejos, como si fueran los mástiles de los barcos. Parece que todo ha naufragado a estas horas, todo se ha desperdigado, sólo queda mi buque que remonta una ola y se desliza en la galerna y llega a las islas en las que los papagayos parlotean y las lianas...

El camarero llega con una botella de un buen Prosecco di Valdobbiadene. Lo acompaño con un poco de caviar sobre un pastel de puerros, lima y menta, como aperitivo. Todo pensado para la ocasión.

Soy consciente de que tengo el tiempo limitado.

Las personas tenemos distintas capacidades para aprender y para asimilar. Cada uno tiene un ritmo de asimilación y crecimiento. Hay personas que aprenden hasta muy tarde algunos conocimientos que se les cerró cuando jóvenes. Porque el conocimiento depende de la vivencia interior también y, sobre todo, de la vivencia afectiva.

A veces el ego puede resultar susceptible y desconfiado y hacernos reaccionar de forma brusca ante los demás. Conviene aprender a no juzgar a los demás desde esa perspectiva egocéntrica.

Me encanta el hecho de ser en Venecia una alumna del diseño y de arte. Me gustaría vivir también la idea del amor platónico, como la vivió Dante con Beatriz. O como la vivió Petrarca con Laura. Me da miedo destruir esta magia, que me ha protegido y se ha forjado en mi corazón.

Hay un experimento muy interesante con cuatrocientos niños que dieron el cociente intelectual y tenían una media de 140 —y la media de las personas generalmente es en torno a 100—, pues en este experimento se veía claramente que la inmensa mayoría de esos niños no conseguían más cuando eran adultos, que los demás niños de su mismo entorno.

De nuevo vemos ahí la importancia no tanto de con que dota la naturaleza, sino de lo que te permite tu entorno.

La importancia del entorno influye más que la propia genética, entre otras cosas porque la genética también evoluciona de acuerdo con el entorno.

Y muchas veces no podemos echar la culpa a la genética, es más importante el entorno.

Nuestro desarrollo como seres humanos depende muchísimo del entorno y no es solamente innato. Y también depende de la memoria de nuestro entorno. Desconocer el pasado, nos condena a repetirlo una y otra vez.

Capítulo 6

CÓSIMA ABRE UNA VENTANA

Casi he olvidado cómo se ama de una forma natural e inocente.

El amor se ha convertido en moneda de trueque. No sólo eso, sino que se crean patrones negativos de dependencia y de dominación. En tiempos difíciles como estos, es difícil el amor. La gente tiende a refugiarse buscando seguridad y protección a cambio de cuidados emocionales. La solidez emocional tal vez te puede ayudar a refugiarte en tu interior, como yo misma hice. Pero es difícil, sí, tener una intuición natural para adaptarse.

Respiro profundo y sorbo un poco del espumoso y elegante vino blanco que tengo en mi copa servido.

El dueño de la herida en el amor, es el que la hace, pero en el amor, quizá como en ninguna otra relación, no se sabrá nunca quién ha sufrido más. Es inútil, es perverso. El amor es un sentimiento que a veces no podemos dominar. Pero no quiero ponerme seria. No tengo un sentimiento malévolo hacia el amor. Al contrario, quiero soñar, disfrutar lo máximo posible de este momento especial.

Lo que no resulta lícito es asimilar la vida y las emociones de otra persona como si nos perteneciesen. Estamos invitados a compartir esta vida, no a arrollarla.

A pesar de eso, este vino me hace olvidar más de lo que quisiera.

Hasta me veo desordenada y un poco insegura ante esta ciudad, que es muy dama y muy fulana. Me doy cuenta también de que mi vida está como pendiente de un hilo. Y mis palabras son de repente como una montaña que se ha derrumbado ante los hechos. Ahora soy como una gota de lluvia que el viento arrastra y reseca. La confianza que tengo en mí misma es la básica estabilidad que tengo y es mi corriente humana.

En ocasiones cuando se llega a los límites de lo que una ha soportado, cabría la posibilidad de que el futuro nos permitiera dar un portazo al pasado y otear otros horizontes, otras fronteras, otras perspectivas.

Abandono el restaurante y me dirijo al hotel. He llegado hasta el límite pero no hasta el final.

De repente parece que se acortan las palabras y unas finas gotas de lluvia siento caer.

Me resguardo en un caserón con arcada.

Con frecuencia no decir nada concluyente no consiste sólo en no ocultar, sino también puede consistir en esconder actos, sensaciones dolorosas, que, no por efímeras, dejan de poder causar diferencias esenciales en la vida. Por eso, con una tenue voz siempre me digo: “Tal vez mañana”.

En ese momento, veo reflejada la cara de Giordano entre uno de los transeúntes que pasan. Sin poder evitarlo me vuelvo a mirarle como si intuyera que también él se ha vuelto a mirarme. Y ahí está. Giordano, mi compañero de clase de diseño de la Academia.

Ahora los dos a unos metros de distancia nos contemplamos estáticos: yo incapacitada para evitar el nudo que se ha formado en mi garganta. El está alto, esbelto, con la mirada impregnada de una ligera gota de lluvia. Me da esa sensación de finas gotas de la lluvia recién caída. Y sin poder evitarlo corro a su encuentro y él también viene a mí, me rodea con los brazos y me da un beso en la mejilla húmeda.

Mientras mi corazón empieza a golpear junto a sus costillas.

—Hola, Cósima.

Entonces él apartándose de mí y sonriendo me coge de ambas manos y me dice:

—Nos vemos mañana en clase. Ahora me tengo que ir, voy con unos amigos de copas.

Recibí el impacto de su cercanía, de su aroma.

Se despidió. Cuando abrí los ojos un suspiro salió de mi boca y una lágrima me saltó al rostro.

Me di cuenta que estaba llorando pero no estaba triste, eran las lágrimas de haber sido hallada, de haber llegado a una firmeza tras una ausencia.

Era como si los planetas chocaran, los fuegos de artificio estallaran, las estrellitas iluminaran los oscuros recovecos de mi mente.

“Querida Cósima:

Los sufrimientos nunca son eternos, y me consolé pensando que algún día dejaría de sufrir. Al fin de cuentas soy tu madre. La felicidad, hija mía, dura poco, la felicidad jamás puede ser completa cuando está basada en el egoísmo. Nadie puede ser feliz a costa de la desgracia ajena”.

Vaya donde vaya las cosas cambian bajo su mirada. Pero todavía entre la luna y yo, o entre Giordano y yo, la nieve y la luna, hay un misterio sin resolver.

Las mujeres necesitamos envolver emocionalmente el sexo, pero no deja de tener sentido que lo que nos atrapa y seduce es el poder del instinto. Por eso, Freud dijo que existía un único sexo, que era el masculino, pero no, no existe uno, existen dos. El otro, el femenino, tiene otras características, te hunde, te envuelve, te somete, está escondido. Si lo despojamos de su dimensión emocional lo relegamos a un nivel menor de la relación.

Y esta luz inconfundible es la luz de sus ojos, los ojos de Giordano que me han hipnotizado con la luz. En la oscuridad el alma bebía de las divinas tinieblas como en Dante. Pues que es agua también, agua viviente, sangre, luz derretida, el agua que nos ha unido de Venecia y el amor por la literatura y por las cosas bellas.

El entresijo de su blanca sangre a la noche cerrada Giordano le entresacó, la convirtió en luz derretida; porque tomó el cuerpo de la incorpórea luz, que es tiniebla, para que en el amor se incorporase. Digo estaspalabras bellas, porque sé que Giordano, en clase, siempre está recitando la *Vita Nuova* de Dante, y lo siento en cada palabra y gesto suyo, lo revivo con su luz viviente:

*Almas y corazones con dolor,
a quienes llega mi decir presente
(y cada cual responda lo que siente),
salud en su señor, que es el Amor.
Las estrellas tenían resplandor
el más adamantino y más potente
cuando adivino el Amor súbitamente
en forma tal que me llenó de horror.
Parecíame alegre Amor llevando
mi corazón y el cuerpo de mi amada
cubierto con un lienzo y dormitando.
La despertó mi corazón, sangrando,
dio como nutrición a mi adorada.
Después le vi marcharse sollozando.
Dante Alighieri, La Vita Nuova.*

Capítulo 7

CÓSIMA BEBE

Hay gente sin quehacer asomada a las azoteas. Entramos en el Hotel Giorgione y buscamos cobijo donde sentarnos, un hotel que me emociona, pero no sé por qué. Estoy algo nerviosa y aturdida. Siento la tentación de dar un golpecito a Giordano para que me mire. Sus ojos están retenidos por algo.

—Dime ¿a qué te quieres dedicar? —me pregunta él, sin ambages.

—Soy diseñadora. ¿Por qué? ¿Por qué quieres saberlo?

—Me refiero a tu futuro. ¿Qué es lo que te ha traído a apuntarte a un curso de pintura?

—Siento pasión por la pintura, pero me gustaría dedicarme a la alta costura y a la costura creativa. Creo que ambas artes están muy relacionadas, por el color y por la luz y el diseño.

Tras tomar un aperitivo, Giordano me propone un paseo en góndola. Pasamos por un gran campo o plaza de amapolas, y luego un verdor profuso y casi negro de álamos y pinos, porque nos dirigimos hacia los campos. La mezcla de tierra, agua y la industria está presente, toda junta, y el negocio...

Nos hemos dirigido hacia un puesto de embarcadero donde hay una pista de baile y músicas de ritmo veraniego para el baile romántico.

Giancarlo y Arabella, nuestro profesor y su mujer, se encuentran también en la pista de baile. Vienen hacia nosotros y nos saludamos. Mañana debemos seguir con las clases de arte, y dado que ya se hace tarde, hemos decidido poner fin a la agradable velada de esa noche.

Al día siguiente, Giordano me propuso ir a la isla de Murano para cenar por la tarde, después de las clases, habiendo tenido que pasar por mi casa primero para arreglarme, una pequeña habitación alquilada en una casa.

De nuevo me sentía despierta. Una islita llena de vegetación, sola, tentadora. Y esas góndolas tan acuáticas, con sus estelas y sus falsas cadencias. Y unos amarraderos de troncos muy gruesos. Pronto vendría Giordano para recogerme. Yo le esperaba en este embarcadero que era nuestro punto de unión y el de otros estudiantes también. Había unos saúcos, cuyas flores al sol resplandecían justo en el borde de un canal.

Habíamos quedado en coger un vaporetto hasta la isla de Murano.

—Murano llegó a ser el mayor productor de cristal de Europa —me explica Giordano—. Más tarde, la isla se hizo famosa por sus arañas de luces. Pero la cristalería sigue siendo la industria más importante de la isla.

El azul de los ojos de Giordano resplandecía, y volvimos a mirarnos y nos sonreímos. Había algo en él que me inquietaba, tal vez su inocencia. La luz reflejaba el rubio claro de su cabello.

Estamos profundamente emocionados. Somos irreverentes. Pero no nos arrepentimos.

Al principio, me parecieron pomposas las palabras o la palabrería, como las fingidas emociones de Giordano. Luego me di cuenta que todos los italianos tienden a ser algo melodramáticos, a gesticular con sus emociones, debido a ese sentimiento de grandeza que les acompaña. Sí, casi todos son así. Se toman muy en serio a sí mismos y a sus creaciones. Aunque pienso que luego él tiene un espíritu más tolerante y es mucho más juguetón de lo que parece dar a creer.

Giordano parece que tiene dotes de organización y tiene esa facilidad para poner énfasis, como si todo lo hiciera en una puesta de escena.

Así es él, pero poco a poco me voy acostumbrando.

“Querida Cósima:

Todos somos tráfugos ignorantes, Cósima, vamos por el mundo convalecientes de engaños y desengaños, odios y egoísmos, vanidades y torpezas, y lo que es peor: no sabemos por qué”.

De nuevo un amago de vértigo vuelve a aparecerse en el espejo de mi dormitorio, no cierro los ojos, debo abrirlos, mantenerme firme. Sin embargo, todo lo que el espejo está reflejando se me antoja irreal. Más que un fragmento de habitación, lo que estoy contemplando es un conjunto de mentiras movidas por resortes en clave de ficción. Un mundo inmenso de pequeños “yoes” solitarios, impulsados por la prisa o por la indolencia hacia unas metas que no existen. Un escalofrío. El espejo me asusta. No hay que mirar a través de los espejos, en cada uno de ellos puede haber algo de encantamiento, de simulacro o de maleficio.

Los hombres no son como las mujeres, los hombres olvidan fácilmente.

Pero eso es lo que yo he intentado hacer: practicar sin el aliciente de sentir, obrar a impulsos de una fe más fuerte que cualquier sentimiento, aunque no sé si hablo de fe religiosa, hablo de un misterio que no podemos conocer bien. Lo malo es que todo lo medimos por los sentimientos, por eso nos equivocamos tanto. El sentimiento puede cambiar de la noche a la mañana, somos demasiado volubles para que no cambie. Por eso, lo importante no consiste en actuar porque amamos, sino en amar porque actuamos.

Sí, ya sé que alguien dirá que esto no es amor, esto es masoquismo. Pero el masoquismo está hecho de torpezas que mueren enseguida. Y lo que yo pretendo es que el amor sea eterno. Sí, ya sé que alguien se extrañará de esta pretensión, conociéndome, con mi impaciencia, después de mi separación. Pero no tenemos derecho a quejarnos cuando existen tantos silencios con derechos a quejas, y aunque no capte bien lo que pretendo decir ahora, ahora quizás lo entenderé en el reflejo de las cosas que me están pasando en Venecia.

“Querida Cósima:

Siempre me he preguntado si existe el verdadero amor. Sí, yo creo que existe, pero conviene no gastarlo.

Amor es soportar sonriendo a las personas que nos molestan y nos critican o que nos dañan. Amor es ser amables con las gentes que pisan como si fueran tanques y que no les importa importunar con ruidos desagradables al vecino, amor es escuchar a los que se quejan de todo, para recoger sus tristezas y a los que buscan camorras, para calmarlos”.

Capítulo 8

CÓSIMA BAILA

Este soneto de Petrarca para Laura estalló en mí y desperté con la nueva luz de la mañana:

*“Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento?
mas si no es amor, por Dios, ¿qué cosa y cual?
Si es buena, ¿por qué es áspera y mortal?
si mala, ¿por qué es dulce su tormento?”*

Las obras sacras de Vivaldi, compositor veneciano, son de una belleza colosal del inicio del barroco musical. Y anterior a éste, también cabe destacar la obras de un Monteverdi, que vivió y murió aquí en Venecia. Y anterior a Monteverdi, Palestrina y el mismísimo Pitágoras.

Giordano siente respeto por esta música. Es el inicio de la escala diatónica y de la polifonía, de Cantatas y corales.

Llegamos a través del canal y aún faltaba por atravesar otro puesto de flores. Nuevamente las flores, la exaltación, con su retumbante gozo de la vida. El cebo y el artificio de la vida. Pacíficos, alegrías, gardenias, gladiolos y simientes: las simientes de todo lo que exhibía aquel jardín portátil...

A la luz de la luna al lado de un manzano desnudo y el azul gotear de una fuente, nos movimos con esa capacidad de agitar el ser. Habíamos venido a este concierto al aire libre todos los alumnos de Giancarlo, que era nuestro profesor de arte.

Nos dirigíamos por el canal bajo el Puente de los Suspiros para llegar a San Vidal con su modesta torre. Sí, para oír a Vivaldi, a quien veía anunciado por las calles, y para sentarnos casi en silencio y expirar en esas piedras. Porque lo que pretendía Giordano era contemplar sus mármoles blancos y las pinturas de Pellegrini: todo era un decorado con una buena acústica... para un buen concierto al aire libre.

La música era un milagro que lograba unirnos en ese espacio de mármol y de esculturas figurativas. Esta música de Vivaldi nos hacía quedar a salvo de todos los excesos que habíamos cometido en la vida.

Giordano era un ser mágico que dominaba no sólo el color, sino los ritmos, que se balanceaba con el aire. Nunca me dio la impresión de que se me agolpaba, ni que me quitaba el aire. Sino que él andaba como se pudiera andar en la cubierta de un barco, balanceándose y actuando con aptitudes melodramáticas.

—Debemos sentarnos en estas escalinatas —nos dice Giordano—, para escuchar mejor la música.

Nos encontramos en la clase de la Galería de la Academia de Venecia.

—A tejidos más tradicionales como el popelín o el raso de algodón se le añaden otros más nobles, como organzas, sedas salvajes, gasas, shantung, tanto lisos, estampados como bordados. En eso consiste mi actual trabajo de diseño textil. Es un trabajo de alta costura, pero también sigo una línea de costura tradicional y más común. No quiero abusar de volantes, pero siempre me gusta que queden los vestidos abombados y holgados. La moda flamenca o la moda veneciana son parte de mi inspiración.

—¿Por qué has preferido hacer ahora un curso de pintura? —me pregunta Giordano.

—Porque necesitaba romper un poco con lo anterior, por agotamiento o cansancio. La moda es algo que te termina asfixiando si no lo dosificas correctamente. Y en verdad, porque yo empecé como diseñadora gráfica, mi primera investigación procede del color y del dibujo. Con todo, abrirse un espacio en el mundo de la costura es muy difícil, yo tengo un espacio pequeño, pero no puedo en este momento prescindir de él, ni defraudar a mis clientes. Es lo mejor que he conseguido y estoy orgullosa de ello.

—Yo, sin embargo, es todo lo contrario, quiero romper con la pintura, por eso me he sumergido en el mundo de las telas, de los tejidos diferentes. Tiene su encantamiento. Creo que desde Venecia tenemos mucho espacio para la exportación de estos tejidos ya confeccionados, nos lo piden por todo el mundo.

—Estoy sorprendida —Giordano me enseña algunas de sus fotos—. Es increíble, son diseños realmente originales y sorprendentes y, en cierta forma, buscas la sencillez, no la coquetería. Es lo que me pasa a mí.

—Sí, podemos hacer cosas juntos, ¿qué te parece? Podemos colaborar en un proyecto.

Hemos terminado por hoy la clase. Y nos aventuramos a marcharnos a otro sitio.

Como la suprema Venecia, me reconcilié con ella. La poseedora de la suprema sabiduría: administrar bien lo que se enseña sin entregarlo nunca. Venecia, la humana, palpitante, excesiva, simuladora Venecia, todo me reconciliaba con ella.

Me reconcilié con esa mezcla que había aquí de oficialidad y delitos, subterfugios y protecciones pagadas, la autoridad constituida y delincuente, los abogados acusadores o defensores según quien los costeaba. Una ciudad en que la mafia no hay quien la distinga de lo que no lo es. Si es que hay algo aquí que no lo sea...

En Bizancio, para privar a cualquiera de alcanzar el poder, se le cegaba. Sin embargo, *Dándolo*, un dux de Venecia, que conquistó y fue soberano de tres octavas partes de Bizancio, era absolutamente ciego. Y esto es un buen símbolo veneciano.

La luz matizaba aquí el rubio del pelo y el azul claro transparente de los ojos de Giordano. Y el tiempo dejaba caer una gota. La gota, que se ha formado en la techumbre de nuestra alma, cae.

Ahora en mi camino Giordano parecía querer atraparme. Casi me había acostumbrado a la benevolencia del hombre italiano, a cómo rendía sus honores a la dama que le despertaba. Las nubes de redondeadas cabezas también desprendían sus honores en su avance, pero conservaban todos los átomos de su redondez.

A lo lejos, entre millones de granos de polvo azulado ardía un vidrio o se alzaba la solitaria raya de la aguja de una iglesia y de un árbol. Las cortinas rojas y blancas agitadas por el viento salían y entraban de las ventanas del edificio circundante. Y la luz de las farolas entraba a intermitencias irregulares con desigual intensidad de un pardo matiz en las calles.

La luz de la noche azulaba la sombra. Yo llevaba un vestido negro satén largo con un vuelo de onda resplandeciente como el fulgor de las estrellas. Esta vez llevaba mi pelo suelto, pero mi cuello se realzaba más por el gran escote del vestido. Me sentía bien, había puesto unos kilos de más en el viaje, pero no se notaba en exceso.

Hay altos círculos y arcos que conforman la portada de esta plaza y que se abre hacia una especie de embarcadero improvisado que se ha convertido en el recinto de un baile. Las flores que rodeaban los balcones y el recinto del embarcadero pasaban por una misma onda de luz, por un mismo estremecimiento y esplendor, como si una aleta los hubiera recortado con un verde cristal.

De vez en cuando, un soplo rasante e imperioso agitaba arriba y abajo las multitudinarias cabezas de los danzantes y, cuando el soplo comenzaba a extinguirse, cada figura recobró su identidad, y algunas cabezas quedaron levemente caídas.

Giordano y yo nos apartamos de la luz de las farolas. Nos gustaba pasear en la oscuridad.

De repente me cogió de la mano y me dijo: —Mañana iremos a mi taller y te enseñaré mis trabajos.

Con los ojos y el corazón abierto a lo que pueda encontrarse, tengo que acercarme a Giordano sin prejuicios para mirarlo y saber qué quiere decirme.

Unos ojos demasiado grandes, en contraste con mi cuello demasiado delgado y fino, y mi boca bien dibujada frente a su barbilla rotunda y con una barba suave, todo eso me tiene retenida de él. Pero ¿qué hacía yo aquí sola en Venecia? Arrojar me a un canal no sirve para ahogarse. Sólo para

salir o para que te saquen de él. Era inútil huir.

Capítulo 9

CÓSIMA SE MARCHA

¡Qué distinta la vida, y cómo la trastorna! Pero no seré yo quien tire piedras contra mi propio tejado... Pero es que la naturaleza humana es una sima, sin luz, sin horizontes, sin posibilidad de comprensión...

Al final de la clase, Giordano me miró despacio con una curiosa dulzura, como se mira a una niña que nos está escuchando muy mal un cuento.

Pero no quiero hacer parecer que esto es un juego infantil y hago gesto o ademán de ir con el resto del grupo.

Giordano me mira, se para, y me separa de los demás, me coge por la cintura, me lleva hasta una esquina de la gran Capilla de la academia, donde hay una puerta arqueada con una entrada. Se pone a mi lado, me sonrío y me dice que soy hermosa. Gentilmente me roza la barbilla, y se acerca hacia mí con sus manos rozándome con sus dedos los labios.

Siento que estoy a punto de perder la cabeza, pero la recobro cuando veo al resto de nuestros amigos, y veo a Giancarlo que hace un gesto de sonrisa.

Giordano me rozó los labios con los dedos y me retuvo un momento más. Me vuelve a decir que soy hermosa y gentil. Fue algo así como una agitación en el aire. Pero me resistí a responderle.

Luego nos fuimos a pasear por los canales, cuando terminamos la afanosa clase de arte.

-Este es Dante en el capítulo V del Infierno —dice Giordano— «Amor condussenoi ad una morte...». Otra vez el «auferat ora dúos eadem». “Siempre mueren los amantes de la misma muerte: ésa es su recompensa”. «Lo diré como el que a un tiempo llora y habla...». “Amor, ch'a nullo amato amar perdona...». “El amor no exime a ningún amado de amar”.

—¡Cuánta belleza para los oídos y para la imaginación! —digo yo.

¡Bendita sea la literatura! Qué distinta la vida, y cómo la trastorna. Pero no seré yo quien tire piedras contra mi propio tejado...

De vez en cuando el rostro de Giordano adquiere una alarmante certidumbre como si hubiera conseguido lo que deseaba, tal vez ser amado por el amor, o ser atravesado por el agudo pico de una flecha de Cupido o de un pájaro enamorado, y quién sabe, porque sigue ahí a mi lado y parece que quiere rozarme con sus ojos o con sus palabras cercanas. Ser clavado por un pico, ser atravesado por una daga del amor y de un guerrero.

Mientras yo le miro y descubro que él es más, como yo, un espíritu seguro y abierto, pero que no se deja entregar, no se deja dar. Juega conmigo, con sus ideas intelectuales. Hay una ternura en su voz. Hay pasión en lo que dice, un quiebro en su voz, cuando recita a Dante.

Si Dante quería amar a Beatriz era porque no tenía suficiente con esta vida, quería traspasar la vida y la muerte, quería morir y vivir más allá del amor. Es una gran osadía. Claro que hay una forma de violencia en esta idea, tal vez, por desesperación, pero aún así, la hace profusa y prolífica.

Delirio del amor que ejerce la misma función que la violencia amorosa. El hombre queda arrebatado, suspenso, en “éxtasis”, como los místicos.

En la transparencia de los ojos azules claros de Giordano se había unido la transparencia de mis ojos claros. En ambas transparencias había un agua de sentimientos, una fluidez de bondad, había un alma. De repente, nos miramos y nos sonreímos, había nacido en nosotros una nueva chispa.

Giordano era el típico estudiante de arte, ilustrado, tenía una larga cabellera de color rubio claro, prominente y desmelenada, que llevaba recogida en una cola. Era un pelo suave y lacio. Llevaba una barba pequeña, estilizada de algunos días.

—Séame permitido denunciar este mundo de naderías y memeces, tan satisfecho de sí mismo —de repente exclama Giordano, con cierta ironía—; sin embargo, a pesar de él, existe Dante y su amor por Beatriz.

Mientras tanto buscamos un sitio al borde de un embarcadero con flores y pedestales, y nos sentamos a la orilla.

Hay un delirio divino que es el amor y que está en Dante. ¿Cómo al llegar hasta aquí, no hemos sentido la necesidad de justificar a los poetas como hombres esclavizados por este delirio?

“Querida Cósima:

Todo se delata en ti cuando estás enamorada, cambias tu forma de hablar, cambias tu forma de ser cuando estás con él. Cuando uno se enamora de verdad, hija, todo se trastoca, nada es lo que era. Por eso, es muy difícil saber con exactitud qué es eso que nos ocurre. Es como si nuestros sentidos y nuestras ilusiones se hincharan de algo maravilloso que no podemos comprender, pero que nos inunda de felicidad. Pero no quieres saberlo, porque te aterra la idea de descarrilarte o de pegarte el gran morrón”.

Aquel día me despertó la luz y llovía en Venecia, para contrastar con la normalidad. El viento arreciaba y el frío absoluto que dominaba el ambiente se iba adentrando en mi cuerpo como una droga que me obligara a decir lo que no quería expresar.

Tengo la conciencia tranquila y ya es algo, porque la felicidad completa no existe. Es una forma plácida de aceptar esas derrotas internas que tanto se parecen a la rutina. Pero la verdadera felicidad, sí, la verdadera felicidad, como yo creo saber, consiste en vibrar, emocionarse, comprender que algo o alguien cambian la razón de nuestras vidas.

La belleza no lo es todo, ni el amor lo es todo.

Porque en cuanto llega y la espera se vuelve realización, la felicidad se acaba, y sin darnos cuenta buscamos otra “espera” más allá de la conseguida.

Tan importante es la esperanza que todo lo que da brío a la existencia es una promesa que acucia. “Mañana ocurrirá tal cosa o tal otra”. “Dentro de poco llegará eso que tanto puede llenar nuestra vida”.

Nietzsche ya decía que lo que diferencia a los hombres de los animales es que los hombres tienen la capacidad de hacer promesas, aparte de tener la capacidad de hablar. Esto de hacer promesas es como darle un sentido a nuestra vida, depositar nuestras palabras en una intención.

Acabo de descubrir que lo importante en la vida, lo importante no es que se cumpla lo que deseamos, sino el hecho de “esperar a que se cumpla”. Lo que nos mantiene felices es precisamente eso, la espera. Estoy convencida. Estoy aquí con voz suplicante y aguanosa, como si el reflejo del sol me hubiera herido. Pero no vale la pena vivir de cualquier expectativa, ese es el error que cometemos los humanos. Hablo de una esperanza fundada en razón, de una expectativa creada por la cultura misma, para algo bueno para el pueblo.

¿Cómo Freud pudo estar tan ciego al poner las causas de nuestros males en la sola inhibición de nuestros instintos, como el deseo? Más que eso, la verdadera inhibición era la inhibición de la esperanza. Es una inhibición más larga y duradera, porque afecta a todo un pueblo, porque se contagia.

“Querida Cósima:

Solo puede producirse el desamor donde hubo antes mucho amor”.

Capítulo 10

CÓSIMA LLORA DE PENA

Giordano me seguía deleitando con sus versos, los cuales declamaba con una dulce voz:

*Tanto tiempo, me tiene dominado
 Amor por su virtud de señoría,
 que si al principio duro parecía,
 hogaño me parece suavizado.
 Y es que cuando me deja anonadado
 porque el ánimo escapa y se extravía,
 entonces, débil, siente el alma mía
 tal goce, que me noto demudado.
 Amor requiere luego tal potencia,
 que me hace suspirar si estoy hablando
 Y, mi dama invocando,
 aumenta, con placer, mi complacencia.
 Tal acontece si a mi vista acude,
 aunque pueda haber gente que lo dude.*

Dante Alighieri, *La Vita Nuova*

Íbamos andando por aquellas pequeñas calles flanqueadas por canales y tiendas y algunos bares iluminados y nos disponíamos a acercarnos a algún sitio para cenar, una bella terraza dispuesta.

Giordano había traído su libro de Dante, la *Vita Nuova*.

Mientras avanzábamos en paso quedo me figuraba que estábamos sumergidos en una Comedia y que representábamos algún acto en aquel entorno sin igual de la bella arquitectura veneciana, con sus ramos de calles y sus canales y esos ventanales de ojiva en celosía enmarcados y semiabiertos y su misterio de franquear una puerta interior.

*Solo, vertiendo lágrimas ardientes,
 llamo a Beatriz. “¡Estás ya muerta!”, exclamo,
 y me consuelo en tanto que la llamo.
 Lloros de penas y ansias de agonía
 pártenme el corazón en dondequiera
 hasta el punto de herir a quien me oyese,
 y cuál es mi vivir desde aquel día
 en que subió mi dama a la alta esfera
 no hay lengua que a decirlo se atreviese,
 ni tan siquiera yo, cuando quisiese,
 pues no sabría dar con tino el tono
 que tanto amarga mi presente vida,
 a tal grado abatida,*

*que todos me murmuran: “¡Te abandono!”
al percibir mi faz descolorida.
Pero mi ser presente ve el bien mío
y de hallar galardón no desconfío.
¡Oh mi canción de lágrimas y duelos!...
Ve en busca de señoras soberanas
a quienes tus hermanas
llevaban alegría y gentileza.
Y tú, nacida en gracia de tristeza,
queda con ellas triste y en desgana.*

Dante Alighieri, *La Vita Nuova*

ErEran mis ojos los que dejaban sin sentido los arcos, los que discordaban con la música, las piedras de ayer, los muelles que había atravesado, la gente parecía que había salido fuera de sus casas aquella noche. Las calles son semejantes y estrechas. Había ido paseando por el *Sotoportego dei Nobili*, después de la calle Lombardos, la *Torre de Lombardos*, el *Campo de San Barnabe*, con su desolada iglesia que nadie considera y su puerta hacia la *calle de la Boteghe*, y había una ristra de anticuarios inútiles y unos grandes grafitis de todos los colores.

Habíamos sido invitados por el profesor y su esposa a un oratorio de Caldara en la Ópera estatal de Venecia.

La ópera ha terminado en un éxtasis colosal. Estamos en la “*Venice State Opera and ballet*”. Es como decir la Opera nacional y el ballet.

—Oratorio Sublime que uno no se cansa de pronosticar y repetir con el tema de apertura y la voz de Kiehr... ¡No! Francamente fuera de lo común... —dice exaltado Giancarlo.

—Un momento de perfección inolvidable —Arabella asiente—. Especialmente cuando está combinado con esta calidad tal de pinturas en la sala de Ópera..., un juego sensorial para los oídos, para los ojos, y todos los sentidos y la mente.

—Dante es nuestro poeta más alto, como dice en el frontispicio de su tumba en Florencia, aunque su cuerpo está enterrado en Rávena. Pero Caldara es nuestro compositor musical de cámara de más calidez sonora y emotiva —me ilustra Giordano también.

Y ahora se ha sumado a la conversación, Arabella, la mujer de Giancarlo. También es profesora de la Academia. Es una mujer distinguida que procede de México y precisamente está aquí porque se enamoró de la cultura italiana. Y se enamoró de Giancarlo.

El profesor Giancarlo ha llegado ese día, y dado que estamos en nuestros últimos días de clase, nos impele a concentrarnos en los trabajos que estudiaremos en los días consecutivos: Tintoretto.

Nos muestra una pintura inédita: *Beatriz y Dante*, de Henry Holiday. Al menos, no tan conocida como los referentes de otros pintores. Pero nos propone que nosotros hagamos también un Dante y una Beatriz, como muestra de dibujo para los últimos días y como material de trabajo.

—¿Te has leído ya la *Vita Nuova*?—me pregunta Giordano.

—No, debo confesar que no la he terminado. Aunque sí me he leído la poesía de Petrarca y sus sonetos.

—Beatriz descubre que Dante corteja a otra dama —me explica Giordano—. Llegado esto a oídos de Beatriz, ella le niega el saludo. Se le aparece el Amor y en su discurso, que el poeta no comprende, profetiza la muerte de Beatriz Portinari. Dante toma como objetivo de su vida expresar a través de la poesía su amor por Beatriz.

Toma aliento y continúa hablándome con aire espléndido:

—Dante se cree enamorado de otra dama, pero vence esa falsa pasión, y una visión le muestra a Beatriz, vestida de rojo, en la gloria de los cielos, por lo cual el poeta decide no amar a otra mujer y consagrar su vida al recuerdo de su amada, aunque no escribirá sobre ella hasta que no sea capaz de encontrar la forma adecuada de hacerlo.

—¿Y es así que consagra su vida al recuerdo de una dama que nunca ha podido tener?

—Es extraordinaria la fidelidad que deposita en alguien que ha muerto —dice Arabella que nos está escuchando—. Me recuerda también a la Laura de Petrarca, sí. Porque la Margarita de Fausto de Goethe tiene un final diferente, pero es igualmente estremecedor, ella se encierra en un convento.

Arabella me mira y me pregunta:

—Y ¿qué opinión te merecería la Inés de Don Juan? Todas estas mujeres que han quedado evocadas en la literatura universal. Parece como si no hubieran podido realizarse más allá del enamoramiento o de la vida propia de la seducción y del seductor. Aquí en Inés yo creo que se da un paso más, pero hay obras que intentan justificar la seducción. Algunas, como la de Kierkegaard o el don Giovanni de Mozart, llegan a justificar la seducción en el propio desvalimiento que siente el seductor, que no puede culminar su conquista. Pero aquí estamos en Venecia y con Dante. Es un amor más espiritual y, al mismo tiempo, culminante.

—Admiro tu cultura, Arabella —le digo.

Capítulo 11

CÓSIMA SE AGITA DE DOLOR

Ahora al pasar por los canales había una representación de una obra por las calles y las mujeres iban ataviadas con vestidos de seda, adornadas con joyas exquisitas, y los hombres iban enfundados en trajes elegantes. Mientras tanto vendedores se entrecruzaban por las calles. Y había un pordiosero con ropas rotas y que tenía gastadas las zapatillas, que iba pidiendo.

A veces parecía que el corazón de Giordano estallaba de gozo. En ese momento yo me sentía retenida hacia él. Pero, por eso mismo, hasta ahora no había sido capaz de abordarle.

Pero ahora voy a retratar esta ciudad con su Beatriz y su Dante, y después le haré un bonito marco.

He venido a Venecia porque la gente aquí se muere de enfermedad común, se muere de belleza y de hambre de belleza, aunque algunos perros han sido apaleados más allá y una mujer decía que se sentía estafada. Pero esa es la violencia normal y común de los italianos por las calles. Yo voy a permitirme pincelar las imágenes que rondan por mi cabeza.

“*Temed del amor el hechizo y la red*”, dicen otros versos venecianos. Pero Venecia es como el hechizo y la red, ella misma.

Contra el amor sólo hay un remedio, poner tierra por medio para escapar de su tiro. Al fin, el refrán dice un clavo saca otro clavo. Estoy leyendo una obra de teatro de la Edad Media: “*El español en Venecia*”. Habla del Carnaval y del corazón que busca ser esclavizado.

De repente, alguien salta precipitadamente en una góndola donde le espera alguien enmascarado.

Así es esta ciudad con toda su belleza, un reflejo de algo que desaparece entre sus meandros y recodos y un barquero que nos lleva. Y se parece un poco a la muerte, si no fuera porque decimos que venimos a morir a Venecia, pero venimos también a amar.

Pero yo no vengo a amar, yo vengo a poner tierra por medio.

Regresaré a través de los campos, recorreré este sendero cubierto de hierba. Regreso como regresan los gatos o los zorros, con escarcha, que da un tono gris al cabello. Del día ha desaparecido la rigidez y está matizado de gris, verde y pardoscuro.

Cierro las cortinas a fin de que sean la luz de las lámparas las que iluminen esta última estancia vital. No, no siento odio ni amargura, siento que vago feliz bajo las copas de los árboles. Siento que he heredado las trenzas arregladas de una veneciana.

La leve ondulación de mi vida ya no sirve para nada. No podía pasar más allá, siempre sentía un obstáculo.

“Querida Cósima:

Hija, yo deseo que seas feliz. No quiero ser una carga más para vosotros. Estoy tan delicada que no puedo sostenerme ya, ni puedo ir con vosotros. Me canso muy fácilmente y luego caigo enferma. Ahora la sensación que tengo es la de oír hablar a un muerto.

Sí, soy una mujer baqueteada por el infortunio pero nunca vencida por el desaliento.

El amor en este mundo viene a ser como una ráfaga de ilusiones que pronto se desvanecen. Puede fascinar, pero la fascinación fácilmente se convierte en un desengaño.

Hemos puesto el amor al servicio del lujo y el dinero. Y es esto lo que nos ha determinado a desafiar la cordura. Ni siquiera podemos adivinar por qué razón es el amor lo que lo mueve todo, y el mundo.

Lo que no supimos decir nos dolerá eternamente. Sólo el valor de un corazón abierto puede liberarnos de esta congoja.

En ciertos momentos cubrimos de razones hechos y cosas que nos parecen urgentes e imprescindibles, en plena euforia, y me preguntaba por qué motivo no podía comprender la razón de este amor.

Ha hecho falta que yo decidiera ser capaz de entender las razones de este amor, de lo contrario no merecía serlo.

Somos tan limitados.

Ni siquiera podemos adivinar por qué razón es el amor lo que mueve al mundo. Cerramos los ojos. En la vida como en las guerras lo único que ganan son siempre los odios, el afán de venganza, los rencores. Y hemos puesto el amor al servicio de esto y del dinero. Y lo que nos mueves son sus fugacidades, el deseo.

Uno no quiere saber ni comprender el origen de ese amor que tanto le atosiga y le trastorna. Decir amor es como decir guerra o campo de guerra, y, otras veces, rencor, en vez de perdón.

Pero ahora de repente todo tiene un sentido, se vuelve diáfano, lo que antes era un recuerdo o un arcano oscuro”.

*¿Eres tú quien loaba su hermosura
 hablando con nosotras muy frecuente?
 Nos lo pareces por tu voz doliente,
 aunque se haya mudado tu postura.
 Mas ¿por qué en el llorar tu alma se apura
 hasta dar compasión a extraña gente?
 ¿La viste tú llorando, y en tu mente
 patética membranza se figura?
 Deja, pues, que llorando caminemos
 sin que livianamente nos calmemos,
 ya que su llanto nuestro oído hería.
 Tanto a la compasión mueve su cara,
 que quien con atención la contemplara
 llorando ante tu dama moriría.*

Dante Alighieri, “*La Vita nuova*”.

Anochece de prisa, casi se olfateaba la oscuridad. Nuestro velador estaba sostenido por una penumbra palpable que no se apresuraba a desaparecer, y unos candelabros con luces rojas y amarillas le daban un aspecto encantador.

Sostenidos por aquella penumbra Giordano en esa noche sugirió que regresáramos a su casa juntos. El Amarone que habíamos bebido había hecho su alquímico y almizclado efecto entre dos amorfos y suaves amantes.

Nos hemos parado en una arcada veneciana con un portal oscuro.

Me atrae hacia él rodeándome con su mano sobre mi hombro y posándola después en mi nuca, y me atrae hacia sí, y posa sus labios junto a los míos. Y siento una humedad dentro de ellos. Cierro los ojos y siento que el sentido se me nubla, sumergiendo mi conciencia en ese estado letárgico. El beso se hace más profundo y me hace arder los pechos.

Me hace estremecer de ardor y poso mi cabeza junto a su hombro. Y él me estrecha contra su pecho. Creo que nunca he tenido una sensación tan plena como la que estoy sintiendo. El me sigue abrazando y me mece, como si estuviésemos bailando una danza sugerida por el aire. Aunque él insiste en mirarme yo no parezco inmutarme y sigo con mis ojos cerrados. Es como si el placer que experimento cuando él me contempla despertara en mí preludios de sensaciones dormidas.

En ese momento se unen más nuestras manos y seguimos nuestro paseo, nuestros caminos se hunden a través del aire y los canales. Una paloma bate las copas más altas de las laderas de una calle buscando un cobijo. Y luego se aleja y asciende como el hilo de un globo.

Yo tomé su mano entre las mías. Ambos nos habíamos estado esperando. Yo suspiré y volví a pedirle otro beso acercando mis labios, y sus labios circundaron mi mejilla y mi boca.

Capítulo 12

CÓSIMA REGRESA

Y así sucedió nuestro amor hasta que la luz nació otra vez al día siguiente, iluminados con la primera aurora. Ahora parecen inocentes los rostros luminosos, todo conspira en un murmullo de tierna alegría. Nace un torrente de temblorosas sensaciones.

Uno queda como despojado de sus vísceras, del revés, tejido como una telaraña y enroscado a una espina. Luego, un sonido de total indiferencia. La luz se extingue pero vuelve renacida, y regresa la alegría inconmensurable e irresponsable de los amantes que gimen locos.

Y esta luz inconfundible es la luz de sus ojos, los ojos de Giordano, que me han hipnotizado con su luz. La luz del conocimiento.

Él se vuelve hacia mí y me besa y yo gimo. Le saca a la noche cerrada el entresijo de su blanca sangre, la luz derretida; porque toma mi cuerpo desde la incorpórea luz, que es tiniebla, para que se reincorpore en amor. Decimos palabras bellas. Siempre me está recitando la *Vita Nuova* de Dante con su voz viviente.

El cuerpo fue ocupado por el alma en sueño.

Con la luz de la luna, como fondo desde el ventanal de ojiva, él me besa la boca y con su mano roza mi cuerpo y mi sexo. Y yo me voy quitando y esparciendo algo de las ropas que me cubren para mostrarle mis pechos temblorosos que tienen ardor por ser mirados y acariciados.

Bebemos un poco más de champán, directamente en la cama, despojándonos de nuestras ropas más íntimas. Él está algo nervioso, pero yo sigo ávida, viva y silenciosa, con el deseo a flor de piel.

Desnudos éramos como conchas, huesos en silencio. Nuestros cuerpos se chocan y se sienten con una sola piel. Él se inclina sobre mí para llevarme una y otra vez en una danza que se repetía.

Me levantó las piernas hacia arriba y me cogió en sus brazos y entró en mí, volvimos a la danza. Y volvimos a apretarnos callados y desnudos, con sus gemidos y el ardor en estado reptil. Y con las vagas voces ancestrales me llenó, colmando de placer y a lomos de sus muslos y su vientre.

La relación llegaba a su hondura, llegaba hasta la unidad de ambos celebrantes, de Giordano y mía, allí donde uno era tan dueño como servidor de aquél.

El dolor también podía ser una experiencia física, como puerta de acceso a una experiencia de placer y como meta de llegada a otra experiencia más alta: extasiada, enamorada.

C^{XXXIV}*Soneto a Laura*

*Paz no encuentro ni puedo hacer la guerra,
y ardo y soy hielo; y temo y todo aplazo;
y vuelo sobre el cielo y yazgo en tierra;
y nada aprieto y todo el mundo abrazo.*

*Quien me tiene en prisión, ni abre ni cierra,
ni me retiene ni me suelta el lazo;
y no me mata Amor ni me deshierra,
ni me quiere ni quita mi embarazo.*

*Veo sin ojos y sin lengua grito;
y pido ayuda y parecer anhelo;
a otros amo y por mí me siento odiado.*

*Llorando grito y el dolor transito;
muerte y vida me dan igual desvelo;
por vos estoy, Señora, en este estado.*

(Cancionero de Petrarca)

Una embolia tiene la misma relación con el cerebro que un ataque cardíaco tiene con el corazón. Las dos cosas son resultado de una obstrucción de un vaso sanguíneo que interrumpe el suministro de oxígeno a las células, provocando la muerte de tejido vital.

Aquel día me informaron desde el hospital de Madrid de que mi madre había fallecido de una embolia.

He visto los papeles y las notas que ha dejado mamá escritas para mí. Me ha hecho llorar. Ha escrito unas palabras muy bellas para mí.

La última vez que nos despedimos antes de partir a Venecia, la besé con un beso muy largo y le di un abrazo. Apenas hablamos, parecía como si tanto a ella como a mí aquella enfermedad extraña nos hubiera desarmado de palabras. Pero todo lo que ella había escrito estaba guardado ahora conmigo.

Ella suspiró hondo y movió la cabeza como dando a entender que no quería inmiscuirse en la vida privada de nadie, pero me dijo: “Al fin de cuentas soy tu madre”.

Yo he puesto este verso de Dante dentro de sus papeles, de un Dante que lloró toda la vida a su Beatriz:

¿Eres tú quien loaba su hermosura

*hablando con nosotras muy frecuente?
Nos lo pareces por tu voz doliente,
aunque se haya mudado tu apostura.
Mas ¿por qué en el llorar tu alma se apura
hasta dar compasión a extraña gente?
¿La viste tú llorando, y en tu mente
patética memoria se figura?
Deja, pues, que llorando caminemos
sin que livianamente nos calmemos,
ya que su llanto nuestro oído hería.
Tanto a la compasión mueve su cara,
que quien con atención la contemplara
llorando ante tu dama moriría.*

Dante Alighieri, "La Vita nuova".

Separarme de ella para siempre había sido agrandar aquel dolor crónico tan afectado de ausencias. Y aunque fingiera serenidad, se me llenaban los ojos de lágrimas.

Me seco unas lágrimas en los ojos, que han caído con la luz de la primera luna de la tarde. ¿De dónde viene ese cariño pulcro y delicado como el que se manifiesta hacia una madre?

Me di cuenta de que estaba llorando pero no estaba triste, eran las lágrimas de haber sido hallada, de haber llegado a una firmeza tras una larga ausencia: la de este futuro fluido y prometedor del que nacen las lágrimas.

Nunca en la vida he sentido nada igual, porque cuando sentía que su sangre volaba por encima de mi corazón, ella arrojaba mi alma hacia el amor prometido y asignado. Sin embargo, ella ahora me ha dejado.

Ahora en este innegable baile en el horizonte vuelvo a ver el polvo de nuestros huesos y vuelvo a observar el abandono.

Le temo en la madrugada. Me dan temor estas preguntas, cuando me pregunto si la he amado o si ella me ha amado a mí.

Sólo quiero decirle la verdad desnuda, inocente y pura: Te amo para siempre.

&&&

ACERCA DE LA AUTORA

ESTHER LLULL es autora de diversos libros, entre ellos *El amante Sumerio*, *El profesor de ética*. *Te quiero pero no estoy enamorada de ti*, y sigue una trayectoria continua. Estudió derecho, hizo un postgrado en Filosofía, moral y política, y también ha estudiado Astrología y astromundial. Ahora vive entre Sevilla y Copenhague. Su afinidad con la literatura y su sensibilidad genuina hace posible que contemos con su obra singular e introspectiva, de fuerte raigambre psicológica y espiritual.